

Ocultar

Top: Posts Último post:

# Prosofagia

14699 Sab May 09, 2009 9:35 am

REVISTA LITERARIA

Número 2 Junio 2009

...chados al cuerpo y sin espe... con estaba aquel extraño hombre. Sintió un intenso  
 frío que le calaba. Sentía algo con todas sus fuerzas. No solo desde su garganta; el  
 grito de susto que le surgió de lo más profundo de su ser, saliendo como un  
 torrente. El que se evaporó delante de ella, sin haber hecho un triste gesto.

... cuando y... no llegó junto a su hijo, esta estaba tratando de ríe, livida, sus labios  
 ...ados, su mirada perdida y de su boca entreabierta salía vapor. Frío su  
 ...pacto para hacerla entrar en calor. Cuando restecione de, explicó todo lo  
 ...sucedida a su madre y esta empezó a sentir verdadera preocupación por lo que  
 ... pudiera ocurrirle.

... Sus padres estaban angustiados e impotentes ante aquellas visiones.  
 ... y atormentaban a su hijo. No sabían qué significaban, qué hacer.  
 ... para pequeña. Después de esta última y terrible experiencia  
 ... el transcurso de la siguiente semana. Así que le fue  
 ... y, parecían haberse tranquilizado los nervios.  
 ... La normalidad había regresado.

... despertó después de un...  
 ... se levantados...  
 ... estaba en...

... se levantó y...  
 ... se levantó y...  
 ... se levantó y...



## Cuentos Prosofagos

# Prosófagia



REVISTA LITERARIA  
DE PROSÓFAGOS

Número 2. Junio 2009

## Dirección

Elisabet

## Equipo de redacción

Boris Rudeiko, Elisabet,  
Esther, pepsi

## Diseño y fotografía

Margarita, pepsi

## Publicidad y comunicación

Esther

## Colaboradores prosófagos

Atreyu, B. Miosi,  
D, Felixon,  
Forke, Gabi,  
Loboherido, Nelo,  
Randal,  
Ruín de los bosques,  
Sierra

La Redacción no se hace responsable de las  
opiniones expresadas por los colaboradores.

Se prohíbe la reproducción de las imágenes y los  
contenidos publicados sin el consentimiento de su  
autor. Para la reproducción total o parcial de algún  
texto o imagen, se ruega contactar con la Redacción  
a: [revistaliteraria@prosofagos.com](mailto:revistaliteraria@prosofagos.com)

© Prosófagos, 2009



«El arte de escribir es una actividad fútil si no supone ante todo el arte de ver el mundo como el sustrato potencial de la ficción. Puede que la materia de este mundo sea bastante real (dentro de las limitaciones de la realidad), pero no existe en absoluto como un todo fijo y aceptado: es el caos; y a este caos le dice el autor: «¡Anda!», dejando que el mundo vibre y se funda».

(Vladimir Nabokov)

La necesidad de expresión, unida a una búsqueda de la belleza y a ese instinto creador que nos mueve a los mortales, es la savia que un buen día aflora sobre el papel —hoy podríamos decir sobre la pantalla— y nos empuja a contar historias, ficiones que encierran un mundo tras un puñado de líneas. Cada relato, como decía Cortázar, es una instantánea «que proyecta la inteligencia y la sensibilidad hacia algo que va mucho más allá de la anécdota visual o literaria contenidas en el cuento».

En este segundo número de la revista presentamos una antología de cuentos de los integrantes del foro *Prosófagos*. Forman parte de un conjunto de más de novecientos cuentos, en los que sus autores han volcado su inspiración, su trabajo y su deseo de comunicar una historia, publicados en un foro donde creemos —firmemente— que lo importante no es saber escribir... sino desear y esforzarse en aprender a escribir. Si a través de los comentarios mutuos y nuestras discusiones logramos, entre todos, ayudarnos en ese aprendizaje, entonces la existencia de *Prosófagos* está justificada.

Os invitamos a leerlos, a saborearlos y a descubrir esa realidad profunda y a veces insospechada que palpita detrás de cada ficción.

Agradecemos su colaboración a todos los que nos han enviado sus relatos para la revista, así como el apoyo e interés recibido por nuestros lectores.

La Redacción



# CARTAS@ AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 150 palabras. Es imprescindible que estén firmados con el nick de registro en el foro [Prosófagos](#) o con el nombre y dirección de correo electrónico.

Las cartas deben enviarse a [revistaliteraria@prosofagos.com](mailto:revistaliteraria@prosofagos.com), indicando en asunto: "Carta al Director".

[Prosofagia](#) se reserva el derecho de publicarlas. No se devolverán los originales ni se dará información sobre ellos.

## De José María Lafuente

Me ha gustado mucho el diseño de la revista. La portada es espectacular y la posibilidad de ver la revista en formato PDF; Online me parece un gran acierto. Es muy buena la sensación inicial, estás deseando ir pasando la páginas y descubrir lo que viene a continuación.

Es un lujo el haber podido reunir a ese elenco de entrevistados. Sobre todo, creo que en el caso de Julio Maruri constituye un suceso muy especial ya que es una persona que el próximo año cumplirá 90 años y no suele prodigarse en entrevistas. También te comentaré que el resultado de los videos le ha encantado y un día de estos voy a mostrarle el contenido de la revista. Ahí puede haber con alguna colaboración muy especial un prosófago de lujo. El trabajo de edición, transcripción y montaje es estupendo. El resto de entrevistas también me parece un trabajo acertado, cada uno en su estilo.

La cuestión que viene ahora será complicada, ya que por una parte habrá que superar este número 1 y por otra creo que se debiera de intentar alcanzar una mayor difusión ya que los contenidos van más allá de una revista que hace un grupo de foristas. Creo que se debiera de trazar un plan para saber hasta dónde se quiere llegar en cuanto a línea y contenidos.

Mi enhorabuena más sincera y a trabajar.

*José María Lafuente*

## De Julio Maruri

A Don José María Lafuente Llano,  
Director de Ediciones de la Bahía,  
Polígono Industrial de Heras, Nave 304.  
39792, Heras - Cantabria.

Mi muy estimado amigo,

No podía imaginar, cuando viniste a entrevistarme y filmarme, respondiendo generosamente por tu parte a la demanda de la revista *Prosofagia*, que el feliz resultado de tu trabajo tuviese, tras su difusión por Internet, la simpática acogida/recompensa de los internautas *Prosófagos*: simpatía de la que testimonian sus comentarios.

Por todo ello te ruego, querido amigo, transmitas mi agradecido y emocionado saludo a la dirección y colaboradores de *Prosofagia*, ese foro dedicado al culto de la Letra en lo que esta tiene de augusto resultado de nuestra humanidad, con el don de la Palabra.

Ocasión para mí de darte un fuerte abrazo, acompañado de mi afecto a tu casa y a tu Empresa.

*Julio*

*Santander, capital de Cantabria,  
el 21 de Mayo, 09.*



[Ver carta](#)



# CONTENIDO

**Puro teatro** (pág. 7)  
*Gabi (España)*

**El columpio** (pág. 33)  
*Esther (Argentina)*

**El sueño de Caronte** (pág. 11)  
*Nelo (España)*

**El único deseo** (pág. 35)  
*B. Miosi (Venezuela)*

**Nadie sabe nada** (pág. 15)  
*D (EE.UU.)*

**Sin adjetivos** (pág. 39)  
*Elisabet (España)*

**Madam Karenina** (pág. 19)  
*pepsi (España)*

**Las horas ante un Rothko** (pág. 43)  
*Sierra (Chile)*

**Cuestión de olor** (pág. 21)  
*Ruín de los bosques (España)*

**Vidas ejemplares:  
Evaristo Bobadilla** (pág. 47)  
*Felixón (España)*

**Cero, seis, sesenta y seis,  
efe, efe** (pág. 25)  
*Atreyu (España)*

**Desayuno para dos** (pág. 49)  
*Loboherido (El Salvador)*

**Poética empalagante** (pág. 29)  
*Forke (Argentina)*

**Vampiros energéticos** (pág. 53)  
*Randal (Argentina)*

*Prosófagos* 





# Puro Teatro

## *Gabi (Gabriel Martín)*

Los tres hombres forman un triángulo equilátero perfecto, sentados en las austeras sillas de madera, el tronco exageradamente pegado al respaldo, la cabeza erguida y la vista perdida en el infinito. En el punto central de esa irreprochable figura geométrica de vértices humanos me encuentro yo, vestido de blanco, hecho un ovillo espectral sobre mí mismo, maquilladas mis manos y cara con un color pálido inmaculado, contrapunto perfecto del negro absoluto que visten mis tres compañeros. De pronto, uno de los vértices se incorpora e impostando la voz, habla:

—Soy el miedo a cambiar —me señala acusador—. Tu miedo absoluto, tu inmovilismo.

Lo ha hecho perfecto. Los ensayos sirvieron para acentuar el dramatismo de la frase, de manera que al señalarme todo el público se sienta señalado. Yo, fiel al guión, permanezco impasible.

Desde el patio de butacas se oyen carraspeos incómodos; no es la primera vez desde que comenzó el segundo acto. He aprendido, con el tiempo, a interpretar el misterioso lenguaje de los carraspeos. Sé diferenciar a la perfección los inevitables de los que transmiten información. Éste, sin duda, dice: «¿dónde me has metido?, vamos a casa». No estamos consiguiendo conectar; se palpa con claridad en el denso ambiente del teatro. Las toses, el ruido de la gente removiéndose inquieta en sus asientos. Al fondo, incluso, me parece escuchar risas mal disimuladas.

Otro de los vértices se levanta y señala al anterior.

—Por tu culpa estamos como estamos —le reprocha inquisidor—. Estancados.

El nerviosismo de la audiencia va en aumento. Cuando yo me levanto y con los brazos extendidos de forma desmesurada profiero un alarido espeluznante, casi todos los presentes en el auditorio del viejo teatro, en vez de interpelarse por los motivos de mi grito —como pretendía y argumentaba el director de la obra—, estallan en una sonora carcajada y empiezan a oírse los primeros silbidos. Por fortuna, el guión me obliga a recluirme de nuevo en mi postura de ovillo espectral —no olvidemos que, según el director, soy un feto, el embrión de un hombre nuevo— en la que no me resulta difícil disimular mi vergüenza. Enroscado, intento entrar de nuevo en situación: «Eres un feto, eres un feto» —me repito incansable—. «Eres un gilipollas» —concluyo.

Mientras tanto, el tercer vértice del triángulo se sube encima de la silla y una vez colocado en cuclillas comienza a cacarear. Empiezan los insultos desde las filas traseras—siempre son las más valientes—; entonces el vértice interrumpe su cacareo, se lleva una mano al pecho y con la otra se agarra al respaldo de la silla, de la que consigue bajarse a duras penas. Las otras dos intersecciones de las tres líneas imaginarias se miran interrogantes mientras intentan aguantar el tipo. El tercer vértice se está saliendo por completo del guión; ahora, de hecho, ha roto el triángulo y se dirige trastabillando al proscenio. Desde mi posición fetal —en la que aún me mantengo— puedo ver que su rostro comienza a adquirir una tonalidad cada vez más albina, abre y cierra la boca sin emitir sonidos y adelanta la mano derecha, crispada, casi formando una garra —no sabría decir si en actitud de súplica o amenaza— hacia el público. Este ha enmudecido. La fuerza de la interpretación de mi compañero ha conseguido frenar las burlas y los insultos; todos los espectadores están ahora pendientes de sus movimientos, casi agónicos, por el escenario. Su recorrido ha durado apenas treinta segundos y, sin embargo, ha parecido prolongarse mucho más allá en el tiempo. Casi se diría que es el propio tiempo quien se hubiese quedado a la expectativa, como todos nosotros, de lo que fuese a suceder. Por fin, el extraño fantasma, tambaleante y tétrico, en que se ha convertido mi compañero de reparto, detiene su avance y en un susurro, que sólo el sepulcral silencio que se ha adueñado del teatro nos permite entender, articula una palabra: ¡Ayuda!

Luego se desploma. Su cuerpo golpea las tablas del escenario como el martillo de un juez, despiadado e imaginario, que acabase de dictar sentencia. «Sentencia de muerte». Atraviesa ese pensamiento mi mente mientras percibo que alguien, entre bambalinas, ha dado orden de bajar el telón y este está descendiendo. Encima del escenario nadie ha sido capaz de reaccionar. Tanto yo, embrión de la nueva humanidad, como mis compañeros, el progreso y el inmovilismo, miramos alucinados el cuerpo sin vida de quien hasta hace un minuto representaba el papel de la imaginación. Desde detrás del telón comienzan a hacerse oír los primeros aplausos; tímidos y aislados al principio, pujantes y entusiastas luego, enloquecidos después, atronadores y desbocados por último. Noto, casi como en un sueño, que alguien nos está empujando, forzándonos a atravesar el telón. Al otro lado nos esperan todos los espectadores puestos en pie. Como autómatas, saludamos y agradecemos los aplausos. Al inclinarme puedo ver el rictus —¿una sonrisa? —que adorna el rostro inmóvil del cadáver de mi compañero, Eduardo Campano, cincuenta años, actor de quinta fila que odiaba el teatro moderno gracias al cual subsistía de manera precaria y que jamás, en sus treinta años de carrera, escuchó una ovación como la que el público le está dedicando justo cuando él ya no puede escucharla; y pienso que ningún espectáculo nos fascina tanto como la propia muerte, y no puedo dejar de preguntarme si todos ellos ignoran que la última escena no estaba en el libreto o si, por el contrario, aplauden a rabiar precisamente porque lo saben; y asimismo no me abandona la metafórica idea de que en realidad a nadie entre el público parece importarle la muerte de la imaginación.



**La naturaleza decidió negarme las dotes necesarias para arreglar grifos y me regaló, a cambio, cierta facilidad para inventar historias. A veces, esas historias se transforman en cuento, otras, en canción. Durante el tiempo que pasé jugando a este juego nacieron un CD titulado “Ocurre”, montajes teatrales, un blog que atiende y desatiende con regularidad y algunas colaboraciones en publicaciones digitales.**

**Cuentos, canciones, teatro... lo mismo al final:**

*«Hay noches perdidas en que a la deriva  
navego en las cuerdas como alga mecida.  
Las notas se enredan, se atan con palabras,  
se funden y forman espada y coraza.»*

**(Gabriel Martín)**

Gabi

Gabriel Martín

España



# El sueño de Caronte

*Nelo (Manuel Pérez Recio)*

**C**aminaba por tierra firme, hacia cualquier lugar donde no habitara la sombra del Hacedor. La luna plateaba las montañas romas que cerraban el horizonte. El cielo mostraba sus mejores galas. Una suave brisa atravesaba los resquicios de mi cuerpo, ondeando mi capa negra de raso. A mi vera, el *Estigia* acariciaba tímidamente la orilla, susurrando incesantemente los nombres de aquellos que ya nunca volverían, despertando mis anhelos más profundos. En ese instante, hubiera dado todo cuanto poseía por haber recuperado mi destino robado. Nada restaba de lo humano en mi existencia.

Miré de soslayo hacia atrás. Mi barca, varada en un bajío, esperaba obediente mi regreso. Al otro lado, las almas de los mortales se agolpaban impacientes. Bullían como caldo de cultivo a fuego lento.

Entonces llegó un mensajero.

—¡Caronte! —clamó enardecido, mientras replegaba sus alas.

Me torné hacia él y, cansino, asentí:

—Lo sé.

Pero aun así, quiso entregar su mensaje.

—La Tierra agoniza. Necesitamos otra guerra, nuevas enfermedades, o en pocos años se agotarán los recursos y reinará el Caos; todos morirán. Debes despejar el embarcadero. Cumple con tu cometido; acepta tu condena. Él espera. Será mejor que lo hagas, o descargará su furia contenida sobre ti.

Tras valorar su planteamiento, y su amenaza, le respondí:

—¿Y cuántos quiere que crucen el río?

—Todos los que te ha enviado. Necesita espacio urgentemente. La situación es insostenible y debe actuar cuanto antes. Pero tiene las manos atadas.

—Dile que no se preocupe. En un par de días podrá enviar una nueva remesa. Que vaya bendiciendo a los desgraciados cuya muerte ya ha marcado.

...

Al despertar, al regresar a la realidad, al ver a mi mujer, tumbada de costado a mi lado, en fingido silencio; al desconectar el despertador, incorporarme de la cama,

acudir al baño y mirarme en el espejo, lo comprendí todo, comprendí aquel sueño revelador: somos un virus mortal, que antes o después reduce a nada cuanto ocupa, cuanto infecta con su necesidad de más. Sólo es cuestión de tiempo, de pasividad.

Esa misma mañana reuní con urgencia al *Gabinete de Crisis* y le comuniqué mi decisión: si los informes de los Servicios Secretos corroboraban nuestras sospechas, tras informar a la ONU atacaríamos en un plazo no superior a dos días. Para entonces, el embarcadero ya estaría despejado. Tiempo habría de buscar pruebas fehacientes; y si no, las inventaríamos. La *causa*, estaba sobradamente justificada.



**Manuel Pérez Recio**

**Valencia, 1970**

**(España)**

**Obra y milagros:**

• **Colaborador en varias revistas culturales impresas de pueblos de la Comunidad Valenciana, como Aldeas de Alpuente o La Taifa.**

• **Autor de la novela «Cuyabeno, la sangre de la Tierra» (BOHODON Ediciones, 2008).**

• **Coautor del anuario de relatos «Nunca en las cenizas del olvido» (NOVALTEA Ediciones, 2008).**

• **Prologuista y coautor del recopilatorio de relatos «Tarta de manzana» (BOHODÓN Ediciones, 2009).**

• **Todos los trabajos a la venta en los circuitos habituales.**

**Premios:**

• **Finalista en el certamen «Más cuento que Calleja, 2007».**

Nelo

Manuel Pérez Recio

España



# Nadie sabe nada

*D (DNAZ Franco)*

Como siempre, cada día salvo los fines de semana de este último mes, apenas dados los diecisiete minutos después de las seis de la tarde, Parsimonio llegaba en silencio, sin saludar a nadie, y ocupaba el mismo banco al final de la barra. Enjuto y parco, apenas si hacía una minúscula diferencia en el vacío previo del sitio que ahora ocupaba.

Manolo ya le tenía servido el *whiskey* doble en el lugar adecuado, y por costumbre le había acercado también el tazón de cacahuates, aunque fuera un gesto innecesario en este caso.

Manolo se aseguraba de que hubiera cacahuates cerca de todo cliente de la barra. Bien conocía esa treta, que esos cacahuates más salados que su suerte no servían más que para aumentar la sed, que es una condición indispensable e idónea para la clientela de una cantina.

Como siempre, Parsimonio procedía a tomar asiento y practicar su imitación fidedigna de habitante de pecera. Miraba fijamente hacia el espejo tras la barra, que formaba parte del fondo de la cantina, emplazamiento del cayo baldío en el mar de alientos beodos. Su mirada nunca parecía posarse en el arrecife de botellas del caleidoscopio siempre cambiante de imágenes onduladas que atravesaban esa extensión de vidrio barato de un lado al otro; de ida y de regreso. Los fantasmas contenidos ahí no incidían en su atención más que cualquier otra difracción colorida. Miraba como quien no ve nada que no sea interno. Como quien repta sudoroso por mil kilómetros de un solo vistazo. Y mientras él se sumergía en la gravosa faena de fijar la vista en el olvido, su mano izquierda posada sobre el vaso *Old Fashioned* hacía bailar por su cuenta la yema índice en semicírculos sobre el borde, de ida y de regreso, al parecer independiente de la austera rigidez angular del cuerpo de su poseedor, al compás de los espectros borrosos pobladores de esa luna deforme.

Como siempre, después de una hora de aparente contemplación, Parsimonio sacaba su antigua cartera de piel, marcada con hendiduras descoloridas, y extraía el

billete de veinte dólares que tenía preparado. Doblado a la mitad, el billete quedaba posado sobre el vaso al que no le faltaba ni una gota de lo que se había vertido en él. Igual que a su llegada, Parsimonio partía en silencio.

En ocasiones, algún otro cliente trataba de abordar a Parsimonio con algún comentario insulso, como el clima o cuestiones de políticos o el partido de fútbol reciente, pero antes de haber pronunciado siquiera las bobadas preliminares, dicho cliente sentía la inmensa mano de Manolo posarse sobre su hombro, tan liviana como pala de *bulldozer*, y estrujando lo suficiente para comunicar que el dolor sería raudo y amplio de quererlo así Manolo.

—El caballero no desea conversar.

Con su envergadura y disposición, Manolo nunca necesitaba alzar la voz, ni repetir lo dicho. Quienes lo obligaban a hacer lo uno o lo otro no frecuentaban su cantina de nuevo, por temor a dejar más dientes desperdigados en el callejón trasero. A pesar de su apariencia un tanto troglodita, una especie de perspicacia callejera abundaba tras su hirsuta ceja, que le permitía discernir que en las pocas ocasiones que se trató de abordar en conversación al silencioso patrón, de inmediato se ponía de pie y dejaba sobre el vaso un triste billete de cinco dólares, precio preciso de un trago doble y cincuenta centavos de propina. Genio matemático, Manolo no era. Pero le parecía distinguir la ventaja de asegurarle la tranquilidad al cliente con tal de recibir una propina tres mil cien por ciento mejor.

Pero esta noche no vino Parsimonio. Como uno se acostumbra a todo, Manolo pasó la velada con la ceja un poco fruncida, con un leve desasosiego que bien podría ser confundido por preocupación por la salud del cliente, pero que más bien podría ser por echar de menos los quince cincuenta de propina. Como de costumbre, casi a las once de la noche, todavía con el ceño arrugado, Manolo empezaba la limpieza de la barra y frotaba los vasos con un trapo tan mugroso que más bien los recubría de una capa uniforme de cochambre. Casi por casualidad, alzó la vista hacia el antiquísimo televisor que estaba colgado sobre la barra, para captar las imágenes del noticiario. Su ceja poco a poco escaló su frente al ver la expresión vacua de Parsimonio en la pantalla, conducido serenamente por las autoridades desde una pequeña casa en algún suburbio de clase media hasta una de las patrullas que aguardaban mal estacionadas a media acera, entre luces azules y rojas destellantes. Con los mismos ojos vidriosos de siempre, mirando al infinito, Parsimonio avanzaba con la mano izquierda girando la esposa metálica sobre su muñeca derecha, de ida y de regreso, igual que como giró el destornillador que clavó en la sien de la arpía que no pudo soportar ni un día más, después de veintitrés años de matrimonio, sin importarle que estuviera alguien presente con ellos o no.



**«D» (DNAZ Franco) es intérprete médico profesional de inglés a español en un hospital pediátrico de la región de Dallas-Fort Worth, Texas, en los EE. UU.**

**La redacción de relatos en español es uno de sus pasatiempos favoritos.**

D

DNAZ Franco

EE.UU.



*El rey de las mujeres / Dis Berlin. Fotografía, 97,5 x 70cm*

**Me gustan la cocina sin animales y los animales sin cocina. Las películas de amor con monstruos y de monstruos con amor. Leo y escribo por una misma causa: los buenos finales y los finales buenos.**

**Pero en el camino, en *Prosófagos*, aprendí a leer mejor. Y a leer por leer. Aunque también por esa última razón le tomé gusto a escribir por escribir, ¡y se me llenaron los finales de tantas palabras!**

**Vivo con mi amigata MrsSmoke.**

pepsi

España

# Madam Karenina

*pepsi*

**L**e hubiera gustado estar allí, de estar allí y estar así. Con un elegante vestido, y sacar su mano del manguito de piel para recoger la lágrima de la despedida.

Creyó notar el tacto de unos guantes de Vileda y casi brota la risa, pero lo que salió fue otra puta gota de los ojos. Solo tenía las yemas de sus dedos y se sentía igual que un árbol plantado en mitad de aquel vagón.

Frotó su frente en el brazo y consiguió retirar parte del flequillo pegado mientras la lágrima se envolvía de sudor.

La barra del techo intentaba escapar del calor de su mano derecha, al tiempo que una bolsa de Hipercor le abrasaba la otra. En el tacón malherido, una colilla ponía todo el empeño del mundo en morir. Y su bolso de Prada traqueteaba bajo el corazón.

Igual que por la mañana el sol viajaba en dirección contraria, pero ahora le enfriaba la espalda e iba dejando los trocitos del día en cada parada del bolso.

Enseguida les vería y olvidaría este mal rato, pero pensar así le hizo sentirse una traidora.

Y no se había despedido de ningún amante. No tenía amante, no había drama.





# Cuestión de olor

*Ruín de los bosques*

*(Juan Manuel Alcedo Alcedo)*

**L**innea olía a tomillo.

Quizás fue el aditamento crucial de nuestra unión. Eso, unido al hecho, nada despreciable, de encontrarme en un lugar donde el blanco del frío hacía más atrayente la presencia olorosa del verde *Thymus vulgaris*.

Parques nevados, sonrisas vaporosas, melena al viento... escenas de estúpidas películas americanas del siglo pasado. Y de este.

Éramos felices. Yo, al menos, lo era. Mi inexistente permiso de trabajo se podría ver reemplazado por una unión formal y legal con una nativa del país.

Y todo gracias a Glenn. Mi buen amigo confundido. O mi amigo por confusión. Llevaba poco tiempo aquí cuando me encontré con unos gallegos que estaban de vacaciones pagadas por su empresa. Estos, cuando están fuera de la tierra y aún no les ha atacado el virus de la morriña, no tienen freno. Así que, como fin de fiesta, Xurxo y yo nos pintamos los labios, acomodamos nuestro pelo bajo servilletas de papel e iniciamos una irrepetible parodia del folclore nacional, tan lejano esos días.

Aquí entró Glenn. Bien por la poca luz o por el grado étlico que paseaba el hombre del Norte, hubo una confusión sobre sexos y apetencias (cabezazo al mentón incluido), que una vez aclarado sirvió para rehogar en risas lo que quedaba de noche.

Poniendo como condición el respeto mutuo, me fui a vivir con él. Aquí conocí a Linnea.

Glenn era profesor. Me gustaría decir que era un fenomenal maestro de piano venido a menos por un desengaño amoroso, recuperando así cualquier escena romántica del dieciocho. Pero no, la Física Cuántica no tiene nada que ver con la música. Al menos así lo veo yo.

Mi sonrisa constante, mi torpeza con el idioma y mi decena de años que la aventajaban terminaron por seducirla. Caballero, muy a su pesar, Glenn cumplió

aseadamente con nuestro pacto de respeto, aunque su mirada proclamase otra cosa.

Fui instructor de un potrillo envuelto en cuerpo de mujer. Sí, aunque apeste a celuloide, era feliz.

¿Por qué la tostada ha de caer por la cara de la mantequilla? ¿Eh? Pues yo tampoco lo sé.

La felicidad tiene fracturas sociales. Así, Linnea, se ilusionó en convocar una reunión familiar y ahí cambió mi mundo.

La madre no olía a tomillo. Olía a todo. Era la madurez infinita reflejada en la elegancia del junco que tenía ese cuerpo cuya primera decena coincidió con mi nacimiento. En un ansiado momento de soledad mi mano derecha se acopló al bolsillo trasero de sus finos pantalones vaqueros. Solo una mirada. Ningún ademán ni palabra ni reproche. La mirada de unos ojos rasgados encendió el verde de «adelante».

Mientras Linnea navegaba por la Física, yo naufragaba por la Anatomía, donde unas manos maduras y expertas me documentaban en mi ignorancia. Sentir sus manos recorrer mi cuerpo, con esa lentitud premeditada que paraba el tiempo y mi aliento cuando las yemas de sus dedos comenzaban un descenso simétrico a lo largo de mi espalda, desde mi nuca hasta donde ella quisiera poner fin.

Y como uno más uno son dos y dentro de cien años todos calvos, el clan familiar empezó a atar cabos y llegaron a una conclusión: no debía ser solo casualidad que las noches, cuando yo no salía con Linnea, fuesen las mismas que su madre se ausentaba de su casa.

Así que las hordas vikingas aporrearon el portero automático de Glenn, exigiendo que se bajara el puente del castillo. Al entrar en el patio de armas nos vieron a los tres alrededor de la mesa de estudio donde el docente explicó que la madre de Linnea quería estar a la altura de su hija, por lo que retomó las olvidadas nociones físicas. A la Física Cuántica me refiero.

Todo aclarado. Linnea y su madre se fundieron en un abrazo desnudo (y tanto, con las prisas la lencería se quedó colgada en la lámpara). En ese instante vi marcharse mi presente, mi pasado y mi futuro como si de una sola persona se tratase, eso sí, con dos traseros bien diferenciados.

Glenn, amablemente, me invitó a marcharme, pues desde entonces el respeto mutuo se lo iba a pasar por el Arco del Triunfo.

Los dioses han dejado de confiar en mí.

Y, la verdad, es todo un alivio.



**El autor nació el mismo día que vino al mundo.**

**Debido a su inexpresiva condición física, se pasó la infancia regateando burlas y pedradas.**

**Para vengarse, se sumergió en el mundo de la literatura y empezó a escribir.**

**Hoy en día, los de las burlas y las pedradas son altos directivos en empresas de construcción y otros oficios corruptos similares (algunos son hasta políticos).**

**Él, el pobre, sigue leyendo libros.**

Ruín de los bosques

Juan Manuel Alcedo Alcedo

España



# Cero, seis, sesenta y seis, efe, efe

*Atreyu*  
*(Bárbara Riera Obrador)*

Jacinto estaba sentado en el banco de la plaza, como cada mañana. Como cada mañana hablaba en voz alta, para sí mismo:

—Cuarenta y dos, sesenta y cuatro, be, jota.

—¡Buenos días, don Jacinto! —dijo la señora Amelia, mientras observaba su entorno, como buscando a alguien.

Jacinto no contestó, ni siquiera la miró. Continuó con lo suyo:

—Cuarenta y cinco, sesenta y ocho, ene, ese.

—¿Dónde está su hijo, Jacinto? —preguntó Amelia—. ¿Por qué no ha venido aún a buscarle?

Jacinto seguía recitando sus números con la mirada perdida. La señora Antonia, que venía de la compra, se acercó también al banco.

—Cuarenta y cinco, doce, efe, ele.

—¿Ya vuelve a estar aquí, el pobre? —le preguntó Antonia a Amelia.

—Sí —respondió Amelia—. El hijo no tiene dinero para ingresarlo en una residencia, y mucho menos paciencia para cuidar de él.

—Veintidós, catorce, a, eme.

Las dos se alejaron del lugar, lamentándose de la mala suerte del anciano.

Un coche se acercó al banco y las dos señoras, que se percataron, regresaron junto a Jacinto.

—¿Te parece normal dejar a tu padre solo en su estado? —vociferó Amelia, dirigiendo su ira hacia el joven conductor.

—¿Y a usted qué coño le importa? —repuso el joven, amenazadoramente.

Jacinto, que por primera vez en toda la mañana miraba a los ojos a alguien, recitó:

—Cero, seis, sesenta y seis, efe, efe.

—Sí, padre. Te sabes mi matrícula a la perfección. ¡Vamos, sube al coche, maldito vejstorio!

A la mañana siguiente en la plaza había mucha agitación. Todos los congregados estaban mirando el banco. Acudieron al lugar varios agentes de seguridad, una ambulancia y un coche de atestados.

El cadáver de Jacinto estaba empotrado en su asiento de cada mañana. Un vecino, que presencié la brutal embestida de un coche, testificó que el conductor del vehículo se dio a la fuga, pero que pudo memorizar la matrícula.

En el cuaderno de notas de uno de los policías se podía leer:  
«Matrícula del sospechoso: 0666-FF.»



**Vivo en Mallorca y comparto mi vida con mi familia, mi trabajo y mi afición a la literatura. Tengo un proyecto de novela entre manos, casi terminado; y otra novela ronda mi mente y pronto empezaré a trabajar con ella.**

**Me gustaría ganar experiencia y mejorar para dedicarme al género que me apasiona: la literatura de fantasía para los lectores que más me apasionan: los «bajitos».**

Atreyu

Blanca Riera Obrador

España



# Poética empalagante

*Forke*

*(Agustín Capeletto)*

**P**arecen ingenieros, con sus cascos amarillos y sus batas impecables, planeando grandes máquinas, edificios completos, puentes de metal. Pero no. Ni cerca. Son los responsables, los odiados, los temidos: los inspectores de sanidad. Examinan cada hueco, cada tuerca, con ansias clausurantes. Les arde su faja de etiquetas rojas, les quema en los cinturones con cada paso que hacen codo a codo, casi agarrados de las manos: un pelo retorcido alcanza para desenvainar las biromes. Disfrutan su trabajo, y sobre todo cuando visitan fábricas de chocolate.

El empleado, por más entrenamiento y recomendaciones prendidas de memoria, suda y mancha íntegra su camisa celeste al guiar las instalaciones. Se derrite, chorrea mientras caminan frente a esa puerta cerrada, la única prohibida de todo el lugar. Intenta excusarse:

—Disculpen, señores, pero esta sección del establecimiento está siendo rediseñada, y no pudimos ponerla a punto para su examen. Seguro comprenderán que continuemos el recorrido en la dirección contraria.

El más experimentado, el de las canas, da un paso adelante. Los otros seis parecen uno solo, exceptuando la de los zapatos de mujer. Le gruñe:

—¿Usted tiene una idea aproximada de la cantidad de excusas que escuchamos en nuestras horas de trabajo? Las conocemos todas: que refacciones, que reorganización, que imprevisto, que ratas en tratamiento, que cucarachas desinfectadas... no nos venga con explicaciones baratas. Ahórrese los argumentos, y abra la puerta. No hay nada allí que pueda sorprendernos.

El otro, más que chorrear, salpica. Suena cada uno de sus dedos luego de entregar la llave, y se sienta en el piso sucio, frotándose el índice dolorido, mientras abren la puerta.

Quedan petrificados. No pueden reaccionar. Sus batas blancas no se mueven ni un centímetro. Veinte monos con vinchas verdes, cada uno en un cubículo y con una máquina de escribir enfrente, tipean sin parar: de vez en cuando emiten algún sonido característico o muestran la totalidad de su dentadura, pero el resto del tiempo se dedican a apretar las teclas, arreglar el desfase del rodillo, recargar papel o corregir con pintura blanca. Todos tienen una pila de hojas a su lado, repletas de lo que parecen oraciones. Nada los distrae. Nadie los molesta. Y parecen disfrutarlo.

El guía intenta levantarse, casi temblando, para notificar la falla en su misión. Lo interceptan, lo canosan:

—¿Rediseño, eh?

—Señor, le aseguro que tenemos una explicación para esta sala, una muy buena... y perfectamente racional. ¿Escuchó hablar alguna vez del teorema de los infinitos monos?

Ellos ya tienen sus etiquetas despegadas y listas para clausurar.

—Todavía nos quedan varios establecimientos por visitar. No tenemos tiempo para escuchar sus delirios... admita el error para que podamos seguir con nuestro trabajo.

—Espere, escúchenme. No es un delirio. El teorema es simple: afirma que un mono presionando teclas al azar escribirá, casi seguramente, si le dan su tiempo, todas las obras de Shakespeare.

—...de Shakespeare.

—Por supuesto: es lógico. En realidad, puede ser Shakespeare, como Sartre, Saki... el que quieran.

—¿Los monos solo escriben obras de autores con apellidos que empiezan con S? ¿Qué clase de teoría es esa?

—¡No! No es el autor lo que importa, nunca lo es. Los monos pueden reescribir cualquier libro, si el tiempo no es un problema. Eso es lo que investigamos en esta área de la fábrica. ¿Conoce nuestros chocolates en forma de corazón?

—Sí, rellenos de algo parecido al maní. Traen esos poemas tan útiles.

—Exacto. Lo que ven ahí dentro es nuestro último avance en la tercerización de versos. Verán, los artistas encargados de escribirlos se han vuelto un poco... pretenciosos. Por la inmensa distribución de sus creaciones, se creen importantes, autores respetados, los más grandes best-sellers del momento. ¡Y exigen cobrar acorde a ello! ¿Pueden creerlo? ¡Como si tuvieran algún derecho! Los monos van a demostrarles qué fácil es reemplazarlos.

—Déjeme ver si entendí bien... ¿me está diciendo que la solución perfectamente racional que implementaron fue la de entrenar veinte monos, encerrarlos en cubículos y obligarlos a tipear todo el día para que eventualmente escriban versos aceptables al azar?

—¡Claro! ¿No es genial? Casi no se quejan, y tenemos un jugoso convenio con la industria bananera. La diferencia entre los versos originales y los de los primates es mínima, y en algunos casos la calidad es superior.

El canoso cierra despacio la puerta y se quita con cuidado los anteojos, empañándolos con su aliento, limpiándolos con la manga de su bata blanca. Medita con una mano en el mentón, haciendo honor a su apariencia de ingeniero, apenas mordiendo su comisura izquierda. Los demás esperan ansiosos, y el empleado simplemente desespera. Cinco minutos, hasta que por fin quiebra el silencio.

—Imagino que están vacunados.

Y el guía sonrío aliviado, suspirando un por supuesto.



**Agustín Capeletto tiene veintidós años, y tres octavos de genes suizos que sublima obsesivamente en su literatura. Caracolea por los senderos cuentísticos de la mano de Céline, Carver, Salinger, Saki, Borges y de su amigo personal: Kafka. Está convencido que los puntos y coma giran 90° las oraciones, los seguidos 180°, y que las comas se miden a ojo.**

**No vio *Brazil*, ni leyó *1984*.**

Forke

Agustín Capeletto

Argentina



Hasta donde me alcanza la memoria, siempre he leído. Escribir no entró en mis planes hasta que, por puro azar, descubrí que existía un mundo denominado «foros literarios virtuales». Desde entonces, además de leer, intento escribir; y de tanto intentar escribir, he aprendido a leer. También he aprendido que las diferencias entre las Ciencias Exactas y Naturales —mi vocación más profunda— y la Literatura no son tan grandes: ambas tratan de cómo crear universos imposibles pero verosímiles.

Esther

Argentina

# El columpio

*Esther*

*El chico de enfrente  
Me quieree pegaar  
Pooor un ajíiiii*

- ¡Nena! ¡Baja la voz! ¡No dejás dormir a nadie!
- Sí, mami...
- Hablo en serio. O hacés silencio, o te hago entrar... ¡y a la cama!
- Ta bien, mami...

La niña se impulsó de nuevo, envuelta en el viento del columpio subiendo, bajando, subiendo, la cara levantada al cielo y los ojos cerrados. El lazo carmesí en la cintura hacía juego con el que sujetaba su trenza: una nota de color en el blanco del vestido y de su piel translúcida asomando bajo las puntillas.

*por un tomate,  
poor una taazaa  
de chocooolateee*

—¡Nenaa...!

Dejó de cantar. La luz de las estrellas atravesaba sus párpados, y ella no quería que la obligaran a cumplir el rito —absurdo, adulto— de encerrarse en la casa, en el dormitorio, entre sábanas que huelen a muerto y no al rocío que crece en las rosas y los jazmines, en los canteros prolijos y el césped recién cortado del parque.

Volvían de una juega a las tres de la madrugada, zigzagueando por el medio de la calle.

Voces de borrachos, interrumpidas al observar, entre la maleza y el abandono y los postigos sucios de leyendas obscenas, un columpio subiendo, bajando, subiendo. Solitario, como si bastara la luz de la luna para impulsarlo.





# El único deseo

*B. Miosi*  
(*Blanca Miosi*)

**E**scondido en mi lugar secreto veo pasar a la cocinera. Una gorda que siempre murmura algo. Lo que sea. Y cuando no lo hace es porque está masticando. La cocina es un sitio acogedor, el fogón de carbón casi siempre encendido, con cacerolas a rebosar de comida. Desde arriba lo veo todo y ellos no pueden verme, pese a que las rejillas están bajas, yo en cambio, observo sin preocuparme que alguien me pille, aquí arriba está oscuro y de no ser por alguna rata que de vez en cuando camina sobre mi espalda, todo sería perfecto.

El jardinero se sienta y espera a que la cocinera le sirva su ración de sopa. Viene cada dos días y pone cara de carnero degollado cuando la mucama merodea por la cocina. Ella siempre usa unos escotes que dejan medios pechos fuera y suele agacharse frente al jardinero para mostrarle cualquier cosa. A la gorda que cocina no le gustan las miradas que ellos se dan, es una mujer amargada, pero no se puede negar que su comida huele bien. Y a mí me trata mejor que los demás. Es la única que de vez en cuando me dice: cada día estás más guapo, cariño. Sin embargo yo casi siempre prefiero pasar inadvertido. Mi madre, a quien nunca conocí, me dejó al cuidado de la señora de la casa, pero nadie me cuida, en realidad, lo hago yo solo, excepto cuando la cocinera se preocupa por mantenerme limpio. Me gusta pasear por los recovecos interminables de este caserón que contiene lugares que, estoy seguro, los dueños jamás han pisado. Mi sitio preferido es el agujero que da al cuarto de las niñas. La mayor, de dieciséis años, es preciosa, y ya no es tan niña, por lo menos yo no la veo así cuando se desviste. Sus senos se parecen a los de la mucama, y su cabello suelto le da la apariencia de la Virgen. Y cuando se baña... ¡Ah qué espectáculo grandioso! Llenan una enorme tina con agua caliente y ella se sumerge como una ninfa de esos cuentos que encontré la otra vez en la enorme biblioteca. Yo la puedo ver por la rendija de aire que da al baño. La mucama que la ayuda a enjabonarse pasea por su cuerpo la espuma y la niña se deja hacer cerrando los ojos. Me parece que ella disfruta de esas caricias, cómo quisiera ser yo quien la enjabonase, creo que es una tarea más dada a un varón que a otra dama. Lo que vi la semana pasada hizo que el bulto de mi entrepierna se pusiera más duro que nunca. La mucama le acarició

febrilmente sus partes bajas mientras la niña gemía, creo que ya no la estaba aseando, y lo que veo ahora es inaudito. Le está besando los senos.

No puedo seguir mirando. Siento que el miembro me empieza a latir punzante y no puedo evitar lanzar un agónico gemido. Espero que no me hayan escuchado. Mi pantalón está húmedo. Mojado. La niña Isabel se me ha metido entre ceja y ceja y no puedo vivir sin pensar en ella. Si no fuese porque en la misma habitación duerme su hermana menor ya habría entrado de noche en su cuarto. Ella no sabría que soy yo, no me vería en la oscuridad, solo sentiría mis caricias y mi deseo de amarla, y la haría feliz, no podría decirle cuánto la amo porque nunca pude hablar, pero sí le haría lo que le hace la mucama y que a ella parece gustarle tanto. Jamás se daría cuenta de que soy yo, procuraría que no tocase mi cuerpo deforme y mi rostro caído de un lado, y esta maldita joroba por donde les gusta jugar a las ratas como si fuese una montaña rusa. La amo. La amo con toda mi alma, solo deseo que sea feliz. Mañana es mi cumpleaños, pero será otro año en el que solo la cocinera regañona se acordará de mí. Me preparará un pequeño pastel que compartiremos en la cocina, y habrá esta vez catorce velitas. Hace ya muchos años ella me prometió que se enderezaría mi espalda y mi cara dejaría de ser una masa informe que lleva mi mejilla izquierda cada vez más abajo. Dice que estoy mejorando de aspecto, pero yo creo que sólo son sus deseos. Pero lo que haré mañana cuando apague las velas de mi pastel de cumpleaños es lo que hizo la niña Isabel en el suyo la última vez: pidió un deseo y dijo que se había cumplido. Yo pediré el mío: quiero convertirme en un apuesto príncipe para que ella se enamore de mí. Estoy seguro de que mi deseo será cumplido. Lo sé.



**Blanca Miosi nació en Perú y reside en Caracas, Venezuela, desde hace veintisiete años. Estudió dibujo en la Escuela Nacional de Bellas Artes del Perú y actualmente compagina el trabajo de diseñadora de moda con el de escritora.**

**Publicó su primera novela, *El pacto*, en 2004 y en 2005, otra obra suya, *El cóndor de la pluma dorada*, quedó finalista en el concurso *Yo escribo*. En 2008, *Roca Editorial* publicó su novela *La búsqueda*, un relato basado en la vida de su esposo, prisionero superviviente del campo de concentración de Auschwitz. Su última obra, *El legado*, ha sido publicada este mes, por *Editorial Viceversa*.**

B. Miosi

Blanca Miosi

Venezuela



*El bosque animado/ Daniel Gutiérrez. Técnica mixta. 220 x 116 x 90 cm*

# Sin adjetivos

*Elisabet*

Érase una vez un escritor al que sus mentores habían insistido con ferocidad que jamás debía abusar de los adjetivos. Su obsesión por librarse de estas palabras fue tal, que se propuso prescindir de ellas para siempre. Tras años de esfuerzo y trabajo, logró publicar una novela de más de quinientas páginas sin emplear un adjetivo.

Para su sorpresa y deleite, la novela obtuvo la aclamación no solo de la crítica, sino de los lectores. En la cúspide de la fama, el escritor decidió emprender una cruzada para erradicar del mundo de las letras aquellas palabras contra las que había combatido sin cuartel. Se introdujo en los círculos de escritores y comenzó a participar en debates y tertulias sobre literatura, desafiando a los autores de mayor reputación. Así, poco a poco, logró implantar una tendencia que hizo estragos. La competencia entre escritores se redujo, pues autores sin cuento decidieron renunciar a escribir, ¡les era imposible hacerlo sin echar mano de los adjetivos! A medida que los rivales eran diezmados, el escritor veía acrecentarse su fama y su autoridad. Los libros publicados eran cada vez menos, los autores que lograban aproximarse al estilo «sin adjetivos» gozaban del favor del público y de los críticos y se convirtieron en una élite. La prensa redujo el volumen de sus publicaciones, al transmitir noticias y opiniones evitando la adjetivación hasta extremos que nadie antes había imaginado.

Entonces el escritor decidió dar un paso más y se propuso eliminar la adjetivación también del lenguaje oral. Esta tarea resultó un fracaso, pues no se pudo evitar que las gentes continuaran empleando aquellas palabras que, con frecuencia, constituían la médula de la conversación. Pero sí logró que hablar sin adjetivos comenzara a imponerse como una moda entre las clases de mayor influencia, hasta el punto de convertirse en señal de distinción, intelectualidad y educación.

Convertido en una celebridad, el escritor fue entrevistado en televisión. La presentadora, esforzándose por evitar aquellas palabras que sabía mortificaban a su invitado, le preguntó cómo se sentía tras haber logrado cambiar el lenguaje

del mundo, desnudándolo de adjetivos e imponiendo una forma de escribir sin precedentes.

Se produjo un silencio. Todos en el plató esperaban una respuesta que revelara el ingenio del escritor o su mordacidad. O algo así como: «He alcanzado la meta de mi vida»... Pero el hombre se arrellanó en el sillón de brazos, suspiró y sonrió con suficiencia, paseando la mirada a su alrededor. Por fin respondió.

—Ah... Es, sencillamente... ¡maravilloso!



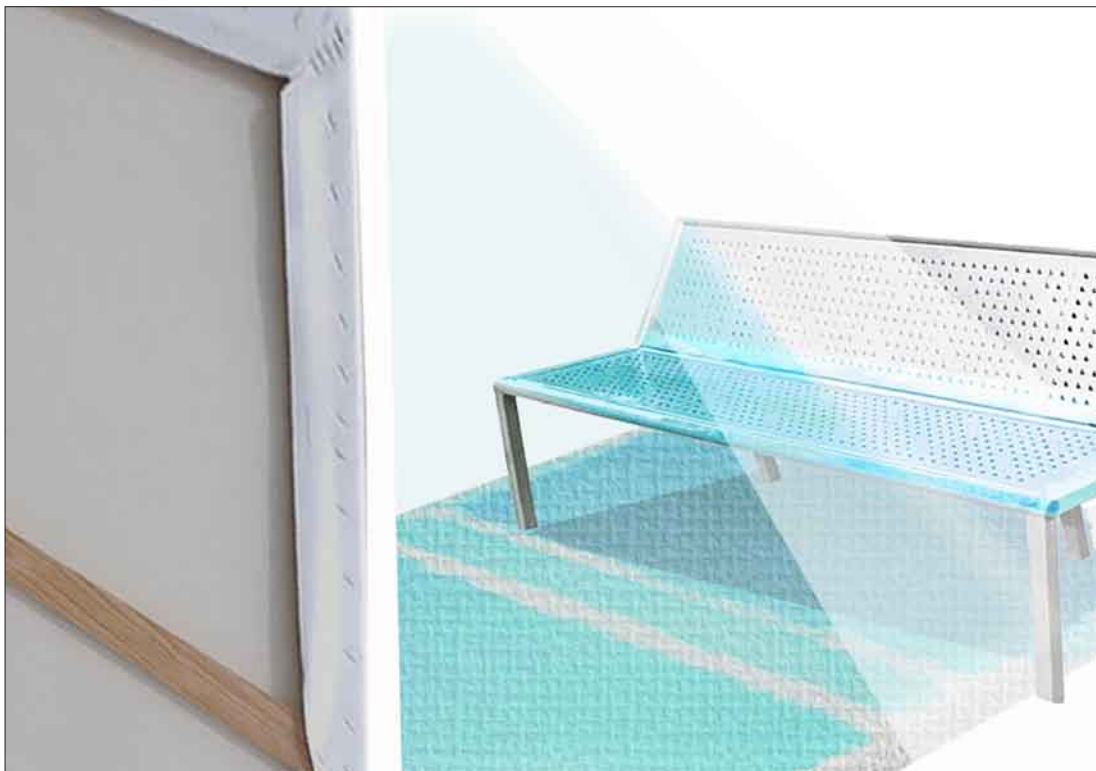
**Siempre me ha apasionado la lectura, hasta que descubrí una pasión aún mayor: escribir.**

**Un día me propuse publicar mis obras. Tras unos años de lucha y aprendizaje, he comenzado a ver mis sueños hechos realidad. Escribo novelas, poesía, relatos cortos y un poquito de ensayo. Vivo en una ciudad junto al mar.**

**Este es uno de mis lemas favoritos: creer es crear.**

Elisabet

España



# Las horas ante un Rothko

*Sierra*

*“No creo que se trate de pintar en estilo abstracto o figurativo. Se trata de acabar con este silencio y con esta soledad, y de volver a poder respirar y extender los brazos”*

*Mark Rothko*

**P**asaron cuatro años y otro buen tanto de matrimonio, antes de que Irene —de soltera Malhaux— acumulara las cinco certezas que la decidieron a dejar a su marido. Una vez que estuvo segura, la diferencia entre intención y acción se hizo meramente temporal. Lo cierto es que, como le resultaba cada vez más difícil conversar con el pobre hombre, a quien tanto había querido, no podía confesarle cómo o por qué lo engañaba tan despiadadamente; ni por qué le bastaba con la sola idea de tener los hijos suyos que quería para aterrorizarse; mucho menos podía explicarle que se le hacía fatua la vida que llevaban, pensando en la herida que le infringirían esas palabras. Finalmente, ¿de qué hubiese servido decirle «ya tanto me da, ser feliz o no»? De modo que Irene, sabiendo callar de lo que no se puede hablar, no dijo nada de sus certezas.

Se le había ocurrido casarse cuando aún no eran ciertas las intuiciones que tenía de ellas, cuando pensaba poder negarlas. Casi una por año, si se sacan cuentas, se le habían vuelto innegables; la molestaba un poco pensar que si hubiese esperado algo más, antes del sí, le podría haber ahorrado sufrimientos a su marido. Ahora era una pena, pero debía ser.

Mientras cenaban, una noche cualquiera, le pareció que era el momento indicado. Después de levantar la mesa, mientras veían una película juntos, se lo dijo.

—Me voy.

—¿Ah?

—Me voy.

—¿A dónde?

—Me voy de la casa.

—...

—Creo que tengo que dejarte.

—¿Por qué?

—...

—¿Estás enamorada de otro?

—Más o menos.

—¿Más o menos? ¿Qué mierda significa más o menos?

—Cariño, lo tengo decidido. Siempre te querré, pase lo que pase; pero esto tengo que hacerlo.

Desde luego, no fue tan fácil. No es cosa de tomar las llaves del auto y largarse: hay escenas de por medio, amenazas, dolores, ruegos; en fin, la vida, y mucha pena. Pero ella estaba armada de sus certezas.

Telefonó a su hermano. Era un hombre rico, hecha la fortuna cuando aún era muy joven, y desde hacía mucho que todo le parecía una inmensa pieza para orquesta sin música, como le explicaba con frecuencia a su hermana, citando de alguna parte. Como el dinero no le preocupaba más que para su propio vicio, los viajes en tren, apoyar a Irene para encontrar un departamento en un barrio bueno de Manhattan le supuso, más que otra cosa, una alegría.

—Entonces, qué —dijo el hermano, mientras descansaban de la mudanza—, ¿súbitamente sentiste una nueva pasión que excluía a tu marido?

—Si tu vida no vale nada, ¿qué importa deshacerse de ella, Ferdinand, empezar de cero en un sitio lejano?

—Ah... Entonces, es que no le veías el sentido.

—No se lo veía a las formas que tenía alrededor. Ya no conseguía siquiera que mi vida pareciera trágica.

—Si yo tuviese que poner mi confianza en otra cosa que los viajes —añadió, tras una pausa—, sería algo que me recordara también que tenemos alma —con Ferdinand se podía hablar—. Haces bien —dijo.

El departamento resultó ser un bonito lugar cerca del Whitney Museum of American Art. El cambio no le pareció tan arduo, ni el idioma una barrera. No era un sitio muy grande ni lujoso, las necesidades de Irene eran discretas. A medida que la luz de la tarde se desmoronaba, era incluso bastante agradable vivir ahí.

Hasta que, un día elegido, se dirigió al museo, cuando los hombres de traje traqueteaban hacia sus trabajos. Tomó un café para llevar y una galleta recién horneada mientras hacía camino a través del parque. No se sentía nerviosa. Disfrutó el momento, con la parsimoniosa y sonriente calma de los que saben que no hay forma de compartir algunas bellezas, que se encuentran de pronto después de buscarlas largo tiempo, como un amanecer ajetreado en una ciudad cuando no se es parte de ese ajetreo.

Finalmente, entró al museo y caminó por los pasillos, encontrando a algún solitario ocasional como ella. Eligió uno de los que más le gustaban y se sentó en una banquilla. En la cartera llevaba de contrabando un camembert, pan francés e incluso una botellita de vino para tomar después: con eso cubría todas sus necesidades; y ya no era necesario dejarse morir ni desear nada más.



**Shostakoviano celinezco, Sierra se dedica actualmente a las novelas que no ha escrito y al estudio del violín. Nacido en Monrovia, país hoy desaparecido, de padres diplomáticos; ha pasado la mayor parte de su vida en naciones insulares del océano Pacífico, como Vanuatu. Vive para los días de lluvia, los pepinillos dill y el eremitismo grafómano. Detesta que la gente se haga crujir los nudillos y normalmente no habla de sí mismo en tercera persona.**

Sierra

Chile



Leo desde niño. El vicio de leer se introduce en uno, poderoso como una droga, y después de unos años te obliga a escribir. Escribí mi primer cuento con doce años, después de leer «Cuentos de la Taberna del Ciervo Blanco», de Arthur C. Clarke. Un plagio descarado, que marcó sin embargo un antes y un después en mi vida. Escribir me ha ayudado en momentos duros, y gracias a este vicio inconfesable he tenido oportunidad de conocer personas tan interesantes como las que integran distintos foros literarios, entre los que destaco *Prosófagos* por el buen saber y entender de sus colaboradores.

Felixón

Félix Jaime

España

# Vidas ejemplares: Evaristo Bobadilla

*Felixón*  
*(Félix Jaime)*

**E**varisto decidió que ya estaba lo suficientemente preparado cuando levantó y bajó, durante cuarenta veces seguidas y sin cansarse, su bote de Nescafé relleno de clavos y tuercas, ya oxidados por el tiempo transcurrido desde su infancia. Cogió el dinero que con tanto esfuerzo había ahorrado en el último año, y corrió a matricularse en el gimnasio de élite que habían abierto a dos manzanas de su casa.

Se puso en la máquina situada al lado de una macizorra, de camiseta gris sudada, pelo recogido en cola de caballo, senos turgentes, y un tipazo de los que quitan el hipo. Evaristo colocó sus brazos alrededor de la almohadilla, apoyó los pies en el suelo, hizo un esfuerzo... y aquello no se movió ni un milímetro. Empezó a respirar agitadamente. La macizorra se había fijado en él, y a Evaristo le pareció que le sonreía. Otro esfuerzo, esta vez mucho más concentrado... Nada.

Evaristo llamó al encargado del gimnasio, un músculo con patas y pelo cortado a cepillo. Aquel catálogo de anabolizantes andante ocupó el lugar de Evaristo, sonrió... y el instrumento de tortura comenzó a moverse con una suavidad que a Evaristo le pareció insultante. Evaristo enrojeció, la macizorra mostró sus dientes de anuncio de dentífrico, y mister proteico se descojonó, así, literalmente.

Evaristo ocupó de nuevo el asiento del dolor, se concentró profundamente, respiró hondo, cerró los ojos... Y sí, en esta segunda ocasión, consiguió que aquello se moviera. Con gran dolor, pero aquello se movía. Escuchó los gritos de mister y miss Universo, pero no hizo caso. Solo paró cuando escuchó el crujido, el terrible crujido, síntoma de que, con su fuerza descomunal, se había cargado la máquina.

Abrió los ojos, y siguió el dolor, el terrible dolor. A la máquina no le había sucedido nada. Eran sus hombros los que estaban hechos migas, y la parte superior de sus brazos. Se le habían roto los huesos de la clavícula y los brazos por ochenta y siete sitios.

Aquel día, Evaristo aprendió que un bote de Nescafé relleno de clavos no es un buen sucedáneo para crear una musculatura más o menos decente.





# Desayuno para dos

*Loboherido*  
(Edgardo Benítez)

Él parecía ser un buen hombre, sencillo, afectuoso. Del tipo de personas que por su particular manera de ser pueden ser engañadas... cándidas. Lo encontré llorando en el parque con la cebra a un lado suplicando ayuda. Un día, cuando despertaron él y su cebra, no encontraron ni rastro del circo donde laboraban. La cebra era una de las bestias salvajes que “Tarzán” presentaba todas las noches. Y él, la persona encargada de proporcionar alimento y cuidado a los animales.

Al ver que nadie se interesaba por socorrer a tan desafortunados personajes, decidí hacerlo yo, aun a costa de saber que mi mujer, al darse cuenta, se molestaría conmigo por llevar a vivir a casa a personas desconocidas, mayormente si se hacen acompañar por un animal tan peculiar. Aunque parezca increíble, el que una cebra se encuentre en un parque público no deja de ser extraño y admirable para todos los pueblerinos que hemos visto vacas, caballos, perros y gatos. Pero... ¿una cebra?, es muy curioso.

Vaya susto que se llevaron mi mujer y mi suegra cuando el cuidador y su cebra entraron por la puerta de la sala. No podían creerlo, subieron a las sillas del comedor y a la mesa también, gritando y protestando, al ver semejante cuadro. Nunca en su vida habían visto una cebra. Mucho menos pasando a la habitación para descansar y dormir allí.

Luego, el pleito con mi señora y mi suegra, la justa razón que tenían al protestar por la gran injusticia. Esa noche no durmieron de lo afligidas que se encontraban por semejante bestialidad de mi parte. ¡Y vaya que sí lo era!

A la mañana siguiente, al despertar y abrir la puerta que da a la calle, me encontré con todo el pueblo reunido, había un tumulto de personas por querer ver la cebra que se encontraba en casa. Algunos la acusaron de ser un caballo pintado a rayas de una manera magistral. Era de admirar esa obra de arte.

Hubo otro que dijo que el señor cura explicó en misa que el demonio se manifestaba de mil maneras y esa podría ser una de ellas. Con botellas de agua bendita en mano irrumpió en el lugar para exorcizar a ese enviado del mal.

Y no faltó otro que se atrevió a decir que era una variedad de ganado caballar que impulsaba el gobierno para colaborar con la disminución de la pobreza de la gente.

Hubo que llamar a los antimotines para disolver aquella trifulca que resultó ser tan, pero tan popular.

Lo extraño es que el hombre no se apartaba nunca de la cebra; el animal lo acompañaba a todas partes, incluso para satisfacer esas necesidades, como ir al aseo; allí estaba su cebra, a la hora de comer se encontraba ella al costado de él, a la hora de dormir él se metía a la cama primero, luego ella. Al levantarse por las mañanas lo hacían consecutivamente, respetando el orden en que se habían acostado. Eran inseparables.

Un día, sentados a la mesa mi familia, el cuidador y su inseparable amiga, le pregunté el nombre de tan extraña compañía, a lo cual él respondió: «Nunca le puse nombre, ya que no me interesa, siempre nos entendemos por gestos, siempre me hace caso, o al menos hace creer que entiende; es un noble animal, de ello no tengo la menor duda.» El cuidador no empleaba ni un lazo para atar a su cebra, ella inteligentemente obedecía lo que él le ordenaba, muy dócil a su palabra.

Otro día, dando un paseo por el pueblo, al preguntarle el porqué de esa cercanía con el animal, respondió: «He tratado de abandonarla por todos los medios posibles, pero nunca lo consigo, hasta he pensado en darle un tiro pero pienso que después me arrepentiría de haber asesinado a alguien tan noble; con el pasar de los años he logrado acostumbrarme a estar a su lado y parece que ella también.»

En cierta ocasión, después de haber cenado, contó que la mujer que tenía en el circo se marchó con uno de los payasos que allí laboraban, y que la cebra había sido su compañía en los momentos de soledad. Fue en ese momento cuando brotó la amistad que los unía.

Una mañana, al despertar, me encontré con la desagradable sorpresa que el cuidador se había marchado con mi mujer, llevándose incluso a mi suegra. Esto me causó un profundo dolor. ¡Traicionado por la persona a la que tendí la mano en el momento más difícil de su vida!

No tardé en descubrir que en el puesto que dejó mi mujer, muy diligente, desayunaba la cebra. Que con su mirada y sus gestos me decía: no te preocupes, ¡todo pasa!, ¡todo pasa!, invitándome a la mesa y sirviendo el desayuno para dos.

Este día en el parque, mi cebra y yo...



**Escribo lo que pienso y siento. Estoy identificado con mis personajes, quienes hablan de algunos pasajes de mi vida... ¡Claro!**

**Y desde luego agradezco a *Prosofagia*, que me permite publicar una de estas historias, que dan risa... por no llorar.**

**Mi nombre es Edgardo Benítez y soy de El Salvador. Gracias por leerme.**

Loboherido

Edgardo Benítez

El Salvador



# Vampiros energéticos

*Randal*

*(Mariano Mandil)*

**L**as crisis. La de tu familia, la de tu trabajo, la de tu pareja, la de tus hijos, la de tu ciudad, la de tu país, siempre fueron una excelente excusa para que los vampiros energéticos te muerdan la yugular y te succionen la energía que honorablemente generaste. Ahora, en un mundo en crisis, estos seres detestables están invadiendo cada rincón del planeta y vinieron por todo. Están convencidos de que es la batalla final, el *Judgement Day* y que no la van a dejar pasar. Han invadido los medios, las calles, las oficinas, están por todos lados, no nos dan respiro, a comprarse riendas de ajos y crucifijos santos porque en cada esquina te atacan.

Hoy entré a la oficina y el conde Drácula de los chupaenergía me encaró y se dio el siguiente diálogo:

—¿Te enteraste de la última?

—No —contesto haciendo los cuernitos con la mano que tenía en el bolsillo.

—Parece que van a despedir más gente —comienza su exposición de males con cara dramática.

—Mirá vos —digo tratando de avanzar hacia mi escritorio y terminar la charla cuanto antes.

—Y parece que es gente de tu sector —dice poniéndome su mastodóntico y deforme cuerpo delante para impedir mi escapatoria.

—Sabés qué, a esta altura no me importa lo que pase —digo tocándome el testículo izquierdo y aguantando los embistes.

—¿Pero vos no estabas pensando en ir a la India de vacaciones?

—Sí, ¿y? —Empiezo a odiar a la bestia y me empiezo a sentir cansado.

—Que es un momento medio raro para un viaje así, pero por suerte ya pagaste el pasaje, ¿no? —dice con carita de perro sarnoso preocupado.

—Sí, por suerte ya pagué. —Me da una puntada en la cabeza, en la sien derecha.

—De última, si nos rajan te hacés budista y te quedás allá viviendo una vida más relajada, ¿no? —Habla como queriendo hacerse el gracioso e intenta una sonrisa que muestra sus dientes chuecos y medio amarillentos del mate y el pucho.

—Sí, ja, ja, es verdad, me rapo y me hago budista. —Se me nubla la vista e intento caerle simpático para que deje una gota de energía en mi castigado cuerpo.

—Che, pero qué garrón lo de los atentados, ¿vos vas ahí? —Se pone solemne.

Es el límite que tolero.

—¿Me estás cargando? —Me pongo serio, al borde del desmayo energético.

—¿Por? —Pone cara de oveja esquilada confundida y medio avergonzada.

—Loco, me decís que quizás me rajen y ahora que tal vez me explote una bomba en la cabeza, en serio, ¿me estás cargando? —Recupero algo de la energía robada.

—Pará loco, ¿qué te pasa?, yo de onda me preocupo por tus cosas y vos saltás mal, sos un jodido —responde ofendida la vaca con viruela.

—¿Y qué querés?, me tirás todas pálidas —digo esperando la campana para salir a un nuevo *round* casi *knock out*.

—Yo no tengo la culpa que el mundo se caiga a pedazos —argumenta cocorito, muy cerca de mi cara e impregnándose su aliento a búfalo viejo en mi nariz.

—Nadie tiene la culpa —replico dando un paso atrás, ahora la puntada es en la sien izquierda —.Nadie tiene la culpa —repito como un dopado somnoliento.

—Yo por eso ahorro siempre y no me expongo a estas contingencias.

—Porque sos un tipo precavido —digo, y pienso: “porque sos un tipo aburrido, tonto y espástico”.

—¿Te conté que le encontraron un tumor a mi papá?

—.... —Me toco de nuevo el testículo izquierdo, me duele la cabeza, se nubla la visión y estoy mareado, el Conde ya me está liquidando, hoy me liquida.

—Pero parece que es benigno —continúa mirando el horizonte cual cabra fea no cogida en celo.

—Qué suerte. Tengo que hacer un informe eterno, me voy a mi oficina. —Y tambaleando lo corro con la mano y a duras penas llego a mi escritorio, necesito dormir, necesito salir de acá, me muero...

Los vampiros energéticos son unos seres horribles que alimentan su alma de las desgracias, las propias y las ajenas. Esas desgracias se las tiran en la cara a todos los que son como yo, correctos y que les ponemos el oído, y cuando nos queremos dar cuenta nos chuparon hasta la última gota de energía que teníamos. Los odio, ódienlos ustedes también. En su falso interés por el problema, en su falsa compasión, en su falsa preocupación, hay un monstruo dispuesto a destruirnos.

Sean ordinarios, ignórenlos, y cuando un maldito vampiro los encare, agarren el celular, disquen cualquier número y hablen, con quien sea, hablen con la persona más irrelevante del mundo, pero no se expongan a estas bestias infames. Tenemos que ganar la batalla.

Todavía me duele la cabeza...



**«La realidad es esa ficción que protagonizamos  
incansablemente cada día»**

Randal

Mariano Mandil

Argentina

# Próximo número: Entrevistas + Artículos

